

da los de 100 años antes, presentados por Ortiz Escamilla en su trabajo, donde a consecuencia de la guerra se dio un proceso de cierta nivelación entre los distintos grupos étnicos y la desaparición de los tribunales de las corporaciones.

En suma, esta obra reúne una serie de miradas distintas sobre los problemas urbanos de la ciudad de México, pero sobre todo plantea nuevas preguntas y abre el camino para renovadas investigaciones.

María del Carmen Collado

*Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora*

ARIEL RODRÍGUEZ KURI, *Historia del desasosiego. La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*, México, El Colegio de México, 2010, 228 pp. ISBN 978-607-462-088-7

El estudio de las ciudades durante la revolución mexicana empieza a abrirse camino en la historiografía. Este libro es buena prueba y, es probable y deseable que las sugerencias temáticas y metodológicas que desarrolla, así como sus hallazgos, abran más el campo. A partir de una cuidadosa reglamentación conceptual y metodológica, de un amplio conocimiento de la bibliografía general y sobre México, de investigación en archivos y hemerotecas y de un cúmulo de trabajos suyos sobre el tema, el autor se arriesga y pone pie firme en ese territorio más bien resbaladizo que solemos llamar “modernidad”. De este modo integra la Revolución en el universo de las revoluciones políticas modernas y en este sentido invita a considerarla más que como un período meramente nacional e idiosincrásico. El libro de Ariel Rodríguez Kuri investiga aspectos sustantivos de la historia de la cultura urbana y de la historia política moderna en un sentido que puede llamarse comparativo.

El propósito del autor y, naturalmente el resultado, es lo que él denomina “una historia indicativa, no exhaustiva”, que se deja guiar por esos “apremios, entusiasmos, desasosiegos” que fue dejando la Revolución en la capital de la República y que registraron la prensa, las correspondencias privadas, boletines e informes del gobierno en diferentes niveles e instancias. Las palabras, subraya el autor, cambiaron de significado, así como cambiaron los tonos de vida, las sensibilidades, expectativas y formas de relacionarse con las autoridades. Esa transformación cultural y política ocurrió en un tiempo corto, simultáneamente condensado y acelerado, de 1911 a 1922. De allí en adelante, la ciudad será la “hija legítima y apasionada de la Revolución”.

*Historia del desasosiego* recorre el periodo y, en evidente contraste con la historia vivida por los capitalinos de todo género y condición, el relato ofrece un itinerario preciso. El autor sabe exactamente cuando y en donde embarca; cuando y a donde llega. Los cinco capítulos, enmarcados por una Introducción y un breve epílogo, son las estaciones del viaje. Cada tramo atraviesa una capa geológica diferente. El viaje va de la superficie de la esfera, la revolución maderista, al centro de gravedad, al que sólo puede llegarse pasando sucesivamente por las diferentes capas. No en vano el centro de gravedad se llama “la condensación de la cultura política”, captado desde la perspectiva que ofrece la historia del motín del 22 de noviembre de 1922, que pudo ser visto como un asalto masculino al Palacio Municipal de la ciudad, pero que fue, en realidad, una nueva forma de politización y movilización popular. Rodríguez Kuri la define como “un acto colectivo de violencia dentro del nuevo universo de valores y prácticas de la Revolución” (p. 179).

Me limitaré a señalar aquellos aspectos del libro que ofrecen un interés comparativo en los marcos de la historia general del siglo xx, siguiendo el itinerario propuesto por el autor.

Primero, los vértices del triángulo prensa (en este caso *El Imparcial*) revolución y contra-revolución son una manera de manifestarse la política moderna en el México de 1911-1913. No cabe duda del papel modernizador de la prensa metropolitana. Por ejemplo, contrarresta la segregación social y espacial de la población a medida que crece la ciudad. Un efecto o acaso una condición de este proceso es la desaparición de pasquines y panfletos y la concentración de periódicos cuasi monopólicos como fue *El Imparcial* después de c. 1897. Esa nueva prensa fue, insiste el autor, actor político a título propio. Impuso nuevos formatos y nuevos contenidos en que destacaron “los avatares de la gente menuda” con la consiguiente propensión al amarillismo. Pero esa prensa moderna como forma de organización empresarial y técnica, no sólo creó nuevas sensibilidades, gustos y maneras de ver y comprender los acontecimientos capitalinos y del país. Fabricó opinión pública “informando” de forma anodina, aparentemente no deliberada. Así, la contra-revolución, el anti maderismo de *El Imparcial* dio prueba de su eficacia en frases como “Cuernavaca sin señoritas”, destinadas a demostrar sin apelación que Zapata era un Atila al que, por alguna razón oscura, el gobierno maderista no quería aplastar. El designio era, por su puesto, más amplio: la gran prensa metropolitana (junio de 1911-febrero de 1913) elaboró la “contra leyenda maderista” bajo el supuesto de que el nuevo régimen era la quintaesencia del desorden. En este registro, dice el autor, Madero no fue el Kerensky mexicano; al contrario, Kerensky fue el Madero ruso; original y copia, ambos destruidos por la revolución que llevaron al triunfo. “Los dos fueron objetos de campañas de prensa, rumores, caricaturas y chistes que minaron de manera aceleradísima su prestigio personal y su capacidad de conducción política” (p. 66).

Segunda estación o capítulo: la contra-revolución de *El Imparcial* dio pie a un tipo de militarización que rompió con los valores de la cultura política mexicana, y, en primer lugar, con el mode-

lo de ejército porfiriano. Su naturaleza era completamente novedosa: el terror inducido y calculado de la decena trágica en que Victoriano Huerta cocinó su golpe de Estado y patentó el *modus operandi* de los ejércitos huertistas, prefiguración, dice Rodríguez Kuri, del terrorismo de Estado. Planteada en estos términos, la guerra civil, entendida, por ahora, como una guerra de formaciones militares (los constitucionalistas, los villistas, los zapatistas y sus frágiles coaliciones), definió, a partir de marzo de 1913 una forma moderna de guerra que escapa completamente a la gravitación conceptual de Clausewitz. Militarización y guerra civil son categorías redefinidas por el autor que, recuerda, no han llamado suficientemente la atención de la historiografía. El autor se decanta por los conceptos de guerra elaborados por John Keegan que permiten manejar, además de cuestiones estratégicas, el repertorio de “las emociones, las percepciones y la idea de futuro [...] determinadas por los imaginarios geográficos, de clase e ideológicos de los protagonistas.”

Aquí se forma otro triángulo. Sus caras son sociedad, guerra y ejércitos. En sus vértices se forman “verdaderas culturas políticas” y, subculturas, por supuesto que, permitieron tejer las alianzas constitucionalistas, las convencionistas o mismo el desarrollo de la guerra popular zapatista. El autor fija la trayectoria histórica de cada una de estas caras en función de las culturas políticas que expresan y del nuevo espacio geográfico que acotan. Esa trayectoria puede ir de la fallida militarización porfiriana, a la ambivalencia de las milicias, al establecimiento del servicio militar obligatorio y al pronunciamiento militar de febrero de 1913 y lo que sigue, que ya es completamente de siglo xx: una guerra sucia.

Militarizada la lucha por el poder y trastocados los valores políticos, pasamos al tercer tramo: la guerra civil y la ciudad de México. Los mapas que ilustran la situación son contundentes. La ciudad, con todo y su carga de símbolo de autoridad y poder político, la ciudad que lleva el nombre del país, no pasa por

las coordenadas estratégicas de la guerra. Los espacios que deben controlarse, los arcos que tienden las fuerzas militares, abarcan otras latitudes. Las aduanas en el norte, Veracruz, en Golfo. Nodos productores de recursos financieros vitales, insustituibles en cuanto al acceso al mercado de armamento moderno. Por no tener esos accesos, sugiere el autor o puede inferir el lector, los zapatistas parecían destinados a la derrota. Las líneas que podían tenderse desde esos nodos al centro y a la ciudad de México en particular, resultaban vulnerables en extremo. Además, la capital, localizada en una hoya de fácil acceso, absorbía ingentes recursos en su defensa. En esa perspectiva estratégica de los contendientes, la ciudad quedó abandonada a la soledad y al desasosiego. Sin embargo, la guerra civil mexicanizó la ciudad. De modos impredecibles puso en contacto existencial órdenes discordantes: lo rural y lo urbano; las provincias y la capital; arribaron migrantes en busca de protección y, mientras el país perdió población, la urbe ganó habitantes. Los temperamentos ciudadanos y modernos pudieron, claro está, expresar opiniones típicas, como esas de bestializar a los yaquis que llegaron con una de las fuerzas de ocupación en 1915.

Pero, quizás, nada más patético al respecto de la soledad que la forma en que el ideal del municipalismo autonomista (de origen en la Constitución gaditana, insiste Rodríguez Kuri) quedó al vaivén de las conveniencias tácticas de las facciones militares que entraban y salían de la ciudad. La neutralidad que fue la respuesta de sucesivos Ayuntamientos, no fue nada fácil de sostener, máxime cuando las facciones nacionales actuaban en su interior. Aún así, la conservó, lo que a la postre le costaría, y caro. Neutralidad un tanto surrealista si nos detenemos en esos cuadros de las deliberaciones del Ayuntamiento sobre la defensa de la libertad de comercio (de los fabricantes de pasteles, por ejemplo) frente al control de precios. Deliberaciones que discurrían como si no hubiera guerra civil, (no importa en cuál de las tres fases que establece el libro); como si las facciones militares que entraban y salían de la ciudad

no trataran de implantar modelos de administración urbana y de movilización popular; como si pudieran discutirse tranquilamente opciones prácticas con base en doctrinas económicas cuando la ciudad se deslizaba peligrosa e irrevocablemente al desabasto de lo más esencial: alimentos, ropa, carbón, leña, forrajes, y en un periodo inflacionario y de moneda política volátil, el papel moneda. En una ciudad en que la vida cotidiana se había vuelto un “asunto de pronóstico reservado” (p. 124), abocada al hambre en 1915.

1915 es, pues, el tramo que sigue que, recordamos, debe leerse en las claves del hambre y la guerra en el mundo del siglo xx. De hecho, este 1915 son dos años: del segundo semestre de 1914 al primer semestre de 1916. Este es un capítulo rico en innovaciones metodológicas que permiten discernir entre ese fandango de planos entrecruzados: la inflación de precios, la devaluación de la moneda nacional en relación con el dólar, la destrucción del material rodante de los ferrocarriles, los ciclos agrícolas, las universales prácticas de acaparamiento y especulación. Si alguien se interesa por eso que ahora llaman “Estado fallido”, pueden encontrar indicios en los padecimientos de la ciudad de México en 1915.

El autor elabora con paciencia el cuadro 4.2 de la página 157 sobre el comportamiento del precio de 11 alimentos, del 3 de septiembre de 1914 al 3 de marzo de 1916. Apelando a toda suerte de fuentes, logra llenar 55 de los 88 espacios disponibles. Con la misma paciencia hilvana una hipótesis sobre cómo la escasez, originada fundamentalmente en la guerra civil, impacta el orden urbano, comenzando por las fluctuaciones de la demanda en razón de la imprevisible entrada y salida de tropas de ocupación y de las necesidades de las fuerzas zapatistas que la asedian.

No todo cambia del todo: en medio del hambre y el racionamiento hay clases sociales y prosiguen las componendas. Hay, pues, límites a la conmoción revolucionaria. En este punto el autor encuentra la noción “derechos en tiempos de hambre”, categoría construida para dar cuenta de las crisis periódicas de alimentos

en el Antiguo Régimen. Aunque es persuasivo y sólidamente documentado, creo que el 1915 de este libro no cierra el asunto sino que, más bien, desbroza e ilumina campo para nuevas investigaciones. Habría que considerar los “derechos en tiempos guerra”, las lógicas del racionamiento, del control de precios y, claro está, qué tan disuasivo puede ser el castigo sumario, formal o informal, (los saqueos, los linchamientos) para los infractores. Al fin y al cabo, en algo menos dramático que el hambre, en la huelga general del 31 de julio de 1916, demostración contundente de los derechos que establecen las revoluciones modernas, con que cierra este capítulo, los infractores fueron tratados *manu militari* atenuada con el paso de los meses y los años. En la posguerra, el hambre pudo, evidentemente, ser paliada con tratamientos de “economía moral” sugeridos en este capítulo fundamental, impensables en tiempos de guerra moderna.

El tema de la economía moral guía, de nuevo, la exposición en el último capítulo. Del hambre pasamos a la sed de noviembre de 1922. Una falla técnica en el complejo sistema de suministro de agua potable a la ciudad interrumpe un servicio que, estimaban los habitantes, era un servicio público y, como tal, generaba derechos de los consumidores y responsabilidades de los gobernantes. Las descripciones de la cobertura del servicio o de las manifestaciones de protesta de la última semana de noviembre de 1922 y el croquis que ilustra la del día 30, surgieron otra urdimbre urbana cuya explicación requiera quizás de la economía política. La urbe se moderniza, son más visibles los trabajadores en las calles, los servicios públicos entran en ese campo de capacidad física, eficiencia técnica y financiera, equidad social; en ese campo de tarifas, costos, sindicatos. Por ejemplo, ¿tienen los trabajadores de los servicios públicos, vitales como el agua o los hospitales, el derecho de hacer huelga? Ese no fue, por supuesto, el tema de las movilizaciones de aquel noviembre. Las formas de reacción y organización ante la falta de agua, los lenguajes y la maraña institu-

cional y sindical en torno a la responsabilidad política, muestran, evidentemente, que se había puesto en marcha una nueva cultura política, la que daría sello al siglo xx de la ciudad de México en lo que ocurrió efectivamente y en lo que fue deliberadamente obstruido y marginado. El motín de ese 22 de noviembre condensó, como dice el autor, “la historia política y cultural de la urbanización mexicana”. Historia política no resuelta en lo que atañe a las esferas de jurisdicción municipal, como se muestra en el epílogo que da cuenta del fracaso del centralismo absorbente del proyecto de Carranza, en esto similar al de Díaz, pero también del fracaso de la autonomía municipal de estirpe gaditana. Historia cultural que se entiende mejor con las claves que el autor proporciona en la Introducción alrededor de los conceptos cambiantes de revolución moderna y revolución mexicana, condensados en su aguda e inteligente crítica a quienes, en aras de acentuar la continuidad, subestiman el carácter revolucionario de esa segunda década del siglo xx mexicano.

En suma, la ardua travesía de Ariel Rodríguez Kuri para comprender la soledad y desasosiego que describe y analiza y ubicarlas en el registro de la historiografía mexicana y en el registro de la historiografía de las revoluciones modernas, paga, y el lector celebra y agradece.

El fantasma de la continuidad, valga recordar, atormentó los espíritus de Lenin y Mao. Es un Leitmotiv del siglo xx. Por eso mismo quisiera recordar el reclamo del historiador Alan Knight que pide reconocer las cartas universales de la revolución mexicana; su idea de que en el año 1911 Madero y Sun Yat-sen encabezaron revoluciones tan profundas como para marcar todo el siglo xx. El recorrido que propone este libro es posible gracias a que el autor emplea a fondo la clave de la revolución política moderna y consigue enfocarla desde los resquicios de la urbanización acelerada; desde el azoro y aprendizaje político y cultural de los habitantes de la ciudad de México; desde las ambiciones

y diseños de las portátiles clases políticas, civiles y militares, de la década de 1910.

Marco Palacios  
*El Colegio de México*

LUIS SAZATORNIL RUIZ (ed.), *Arte y mecenazgo indiano. Del Cantábrico al Caribe*, Gijón, Ediciones Trea, 2007, 670 pp. ISBN 978-84-9704-290-1<sup>1</sup>

Éste es un libro sobre itinerarios de vida y sobre tránsitos culturales. Una ventana a la mentalidad de cántabros, asturianos, vizcaínos y gallegos que emigraron a América entre el siglo xvii y principios del xx: los indianos. Ofrece múltiples huellas de una saga que no es la del emigrante común o de aquel que regresa con las manos vacías, al que “se le cayó la maleta al agua” en el tránsito marino, sino la de aquellos que tuvieron éxito, y que fueron los menos, creando rutas a partir de un interés comercial construido sobre redes de lealtades de paisanaje y de parentesco. Incorporados a las élites americanas, estos grupos desarrollaron un particular mecenazgo artístico transatlántico del que da cuenta el presente texto, ofreciendo un análisis singular sobre la construcción socio-económica, política y simbólica de la mirada indiana.

A decir de Luis Sazatornil y Ramón Maruri, historiográficamente se ha tenido una mala opinión sobre el mecenazgo indiano. Ésta se fundamenta en la visión ilustrada española sobre la emi-

---

<sup>1</sup> Autores: Begoña Alonso Ruiz, Javier Barón Thaidigsmann, José A. Barrio Loza Aurelio A. Barrón García, Loza, Isabel Cofiño Fernández, Vidal de la Madrid, Javier Gómez Martínez, Tomás A. Mantecón Movellán, Ramón Maruri Villanueva, Alfredo J. Morales Martínez, María Cruz Morales Saro, Maite Paliza Monduate, Tomás Pérez Vejo, Julio J. Polo Sánchez, Germán Rueda Hernanz, Luis Sazatornil Ruiz.